

JUAN JOSÉ RODRÍGUEZ: ENTRE MAZATLÁN Y EL ORIENTE ENIGMÁTICO

Vicente Francisco Torres*

La primera novela que leí de Juan José Rodríguez (Mazatlán, Sinaloa, 1970) fue *Asesinato en una lavandería China* (1996), misma que a pesar de algunos tropiezos de redacción me impresionó por lo extraño de su argumento y por su capacidad de fabulación. En este joven escritor parecía cumplirse la hipótesis del artista que tiene madera, la del muchacho que sin toda la malicia que dan los años, la preparación y la escritura es capaz de lograr un libro seductor.

Al año siguiente apareció su segunda novela, *El gran invento del siglo xx*, que se distinguía de la anterior por lo voluminosa que resultó, pero compartía una característica fundamental que ya estaba en su primera novela, *El naufrago del mar amarillo* (1991): la pasión por el Lejano Oriente y por la historia y la atmósfera de Mazatlán. *El naufrago del Mar Amarillo* (Difocur) sólo tuvo una circulación regional pero el autor me hizo llegar un ejemplar que mucho le agradezco por las delicias que su lectura me dio. El texto que sigue fue escrito siguiendo el orden en que hice la lectura de las obras de Juan José Rodríguez y, en consecuencia, indica la manera en que fui entrando a su universo narrativo que, visto ahora, tiene una coherencia difícil de hallar entre los más jóvenes narradores de México.

I

La milenaria cultura china, con sus barrios misteriosos, restaurantes coloridos, personajes enigmáticos, estandartes y oriflomas restallantes ha seducido a los autores de relatos policiales. Baste citar los nombres de Robert Van Gulik, Dashiell Hammett y Rafael Bernal. Sin embargo, esta atracción no es cosa del pasado pues aún se percibe en nuestros más recientes narradores como podrá comprobar quien se acerque a *En la línea de fuego. Relatos policíacos de frontera*, que compiló Leobardo Saravia, y a *Narcedalia*, la más reciente novela de Ricardo Elizondo.

Asesinato en una lavandería china retoma el mundo de los orientales que llegaron a establecer sus huertas en los estados del norte de nuestro país y, con habilidad e inteligencia, Rodríguez urde una trama ubicada en Mazatlán y que no tiene como escenario los hoteles de cinco estrellas, sino un burdel en el que se compran y mendigan servicios sexuales masculinos y un vecindario que recuerda la melancolía de Marruecos y Calcuta.

El argumento se desarrolla a comienzos del presente siglo, cuando desembarca el abuelo del narrador, un árabe con algo de español quien, en un pueblo que perdió a sus hombres en el mar y en la revolución, abandona a una mujer preñada y se embarca para San Francisco en donde se dedicará al tráfico de chinos. Allá, el abuelo sufre un atentado en una lavandería de chinos pues los miembros de un *Tong* decidieron castigarlo porque tuvo tratos con una mujer

* Departamento de Humanidades, UAM-Azcapotzalco.

perteneciente a los *seres de la noche*. He utilizado esta expresión para que la palabra vampiros no invitara al exabrupto pues si Juan José Rodríguez dice que sus personajes orientales son vampiros, lo hace sin asomo de sensacionalismo y con una preparación tal que, cuando la revelación llega, ya nos ha dicho que las leyendas y la literatura distorsionaron la personalidad de unos seres que son bastante normales pues no tienen colmillos, pueden vivir de día y de noche, se reflejan en los espejos, no les repugna el olor del ajo, no les afecta la luz del sol y, sobre todo, no son inmortales. Como cualquier ser vivo, pueden recibir la muerte con una bala de plata o de plomo, lo mismo que con una estaca. Sólo se distinguen en que son un poco más longevos que el común de la gente y en que su resistencia física es un poco mayor, tal como vemos cuando la novia de Alejandro Medina, el narrador, recibe un tajo en la garganta y pueda sobrevivir.

Entre los aciertos de esta novela debemos destacar dos: su ambientación tropical que no excluye los solares roñosos con vecindades de dos entradas, y el tejido argumental, que desde la primera página va dejando elementos que poco a poco adquieren sentido. A este segundo mérito debe asociarse el excelente manejo de las tensiones cuya mejor prueba es el capítulo xi, que alterna la angustia de Alejandro, adentro de un balneario, escuchando la cháchara de un anciano, con las acciones de sus perseguidores, que se mueven por la costa.

Hay un detalle muy notable en esta novela de Juan José Rodríguez: a pesar de que maneja elementos que en un momento dado pudieran parecer risibles, como el detalle de los vampiros demasiado humanos o la chinita vampira y manca que corta sus verduras, Rodríguez no permite que el lector suelte la carcajada, porque narra con tal mesura que, cuando reparamos en lo insólito de las situaciones, ya terminamos de leer el libro. La sonrisa puede venir después, pero durante la lectura uno está atento a la anécdota ya que el autor economiza su escritura y salva el escollo de la palabrería y el regodeo en las escenas de sexo y de violencia.

Cierto que el autor deja algunos hilos sueltos (¿qué decía el diario que su padre escribió en latín

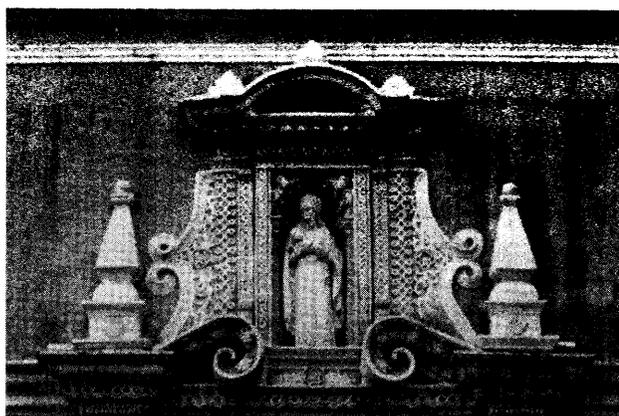
y qué sucedió con su progenitor quien, al comienzo del relato, parece que lo convertirá en una réplica de Juan Preciado?) y tiene algunos tropiezos con la redacción (en el inicio del capítulo V y en los últimos renglones de la página 19), pero eso qué importa cuando el autor es capaz de escribir que “Toda noche recibe en su vientre la flecha en llamas del día que se inaugura”?¹

II

La más reciente novela de Juan José Rodríguez resulta, por el momento, la más extensa, la que pone a la vista del lector el camino que ha debido recorrer para la escritura de libros más constreñidos como *Asesinato en una lavandería china*. Lo más evidente de *El gran invento del siglo xx* es la capacidad de Rodríguez para prolongar, con riesgos, la tensión, para darle largas al lector, para gambetear antes de decirle que el gran invento es algo garciamarquiano: el cinematógrafo mudo.

Sintomáticamente, la novela comienza en el siglo xix, cuando la enfermedad del progreso avasallaba todo y los habitantes del puerto de Mazatlán pasaban sus días chapoteando en la chabacanería del Club de Comercio. En esta novela, a pesar de su juventud, Juan José Rodríguez aparece como un escritor maduro capaz de crear tensión dramática y de proyectar acciones que encontraremos desarrolladas muchas páginas más adelante. Y el mejor ejemplo es el ocultamiento de lo que conoceremos como cosa del diablo, o de Dios. Además, Rodríguez siempre deriva hacia situaciones impredecibles, porque cuando el lector piensa que la historia dará un giro, nos lleva a una acción imprevista, tal como sucede con el final de la novela, que parece salido de la mano de un consumado cuentista: por un lado, queda una venta-

¹ Juan José Rodríguez, *Asesinato en una lavandería china*, México, Consejo Nacional para la Literatura y las Artes (Fondo Editorial Tierra Adentro), 1996. p. 81.



na abierta porque Bonardel huye después de hacerle el amor, por una sola vez, a Sarahí; por el otro, Sarahí va disolviéndose en las nubes de la demencia, entregada a la música del piano y al recuerdo del forastero que quiso sacarla del mundo pueblerino y chismoso de Mazatlán pero ella, lastrada con los prejuicios y la moralina decimonónicos, no se atrevió a seguirlo.

Consciente de que lo que escribe no es una novela breve, Rodríguez se entrega a los detalles y a la elaboración de pequeñas tramas que servirán para aumentar la emoción, tal como sucede con la llegada a Mazatlán del embaucador Mateo Rivas Solórzano.

Deliberada o inconscientemente, o quizá presionado por una misma realidad, Juan José Rodríguez se inserta en una tradición de la literatura mexicana que estaría ejemplificada en aspectos como los siguientes. Primero: *El gran invento del siglo xx*, como *Los recuerdos del porvenir*, de Elena Garro, o *Memorias de Santiago Oxtotilpan*, de Rafael Bernal, está marcada por los hechos revolucionarios, que llegan, como la peste, el automóvil o la fiebre amarilla, a turbar la calma chicha y provinciana. Rodríguez lo dice con expresión feliz: "Mazatlán era una antorcha frente al mar". Segundo: la obra de Rodríguez frecuenta el mar, el estero y los manglares, un mundo que apenas algunos escritores, como Ramón Rubín y Dámaso Murúa, han introducido en la literatura mexicana como un aire viril y refrescante entre las páginas lánguidas de muchas novelas que se consumen en su aura de neblumo. En tercer lugar, Rodríguez documenta, como lo hace el regiomontano Ricardo Elizondo

Elizondo en *Narcedalia Piedrotas*, la presencia de los chinos que llegan a cultivar y ofrecer los productos de sus huertas.

Sin aspavientos, Rodríguez desliza en la novela algunas ideas sobre lo tragicómico de la vida y de la muerte: Santiago Bonardel, el truhán que quiso sentar cabeza, no pudo hacerlo porque la vida, al cobrarle cuentas pasadas, lo empujó a seguir embaucando, a cumplir un destino de disoluto y engañabobos. Como Ibargüengoitia, Rodríguez nos dirá que no es extraño que los asesinos no sean tipos torvos, sino pusilánimes y taciturnos como Remigio del Avellano, el silencioso enamorado de Sarahí. La realidad, con sus espejos deformantes, como los que antaño adornaban la entrada del Salón México y hoy se exhiben en el Castillo de Chapultepec, lleva a los seres humanos a las decisiones más hiperbólicas, como el suicidio de Magdalena Medina, quien se mata cuando, al ver una cinta, confunde a su prometido con el galán que se besaba con una actriz.

En esta novela de 265 apretadas páginas podemos encontrar otros aciertos, como la morosa ambientación y las descripciones, o la narración misma, llenas de aciertos de lenguaje. Ni qué decir de excepcionales momentos dramáticos, como el que muestra la muerte del carpintero, quien se va envuelto en el perfume de las prostitutas del astillero:

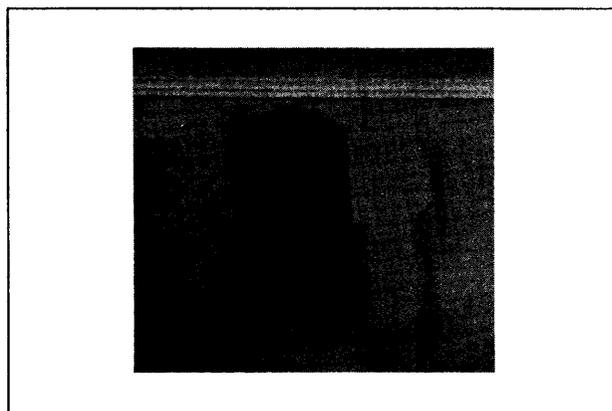
Sus canas de anciano jovial esa noche adquirían un brillo diferente al no tener la dorada escaracha del aserrín; ebrio de dicha por la noticia y

por haber participado en la presentación del invento, se alejó discretamente, como correspondía a un hombre de su condición, de aquel grupo de caballeros achispados; decidió seguir la parranda por su cuenta en varias tabernas, solitario y contento como un viudo después de la boda de su hija, y se perdió entre las calles de los muelles y las barracas. Al día siguiente, en plena madrugada, lo encontraron muerto con una sonrisa celestial, amortajado por la neblina, boca arriba en el muelle y con el primoroso traje manchado de lodo y oloroso a perfume de azucenas (...) Lo sepultaron en un ataúd hecho por su hijo mayor en una ceremonia sencilla, después de velarlo junto a las mujeres que lo quisieron, sus muebles y herramientas prodigiosas, las cunas que apilaba en un rincón y el galope silencioso de sus relucientes caballitos de madera.²

III

Después de leer la segunda y la tercera novelas de Juan José, la experiencia de asomarse lleno de curiosidad a la que fue la primera resulta inquietante. Los hallazgos líricos de su segunda novela asaltan al lector desde el primer párrafo de *El naufrago del Mar Amarillo*. Una y otra vez Rodríguez ostenta la eufonía de los nombres de sus criaturas (Francisco Almaguer, Pablo Elorza, Manuel Ginastera), afina el tropo y pule la imagen, mientras nos va envolviendo en un argumento extraño y plantea, tranquilamente, la alternancia de los espacios y tiempos de su obra.

La historia comienza en Mazatlán, en la segunda mitad del siglo XIX, y nos pinta un mundo edénico, apenas sacudido por la peste bubónica y los ataques de los piratas. Son los días de la Nao de la China, la que traía sedas multicolores, porcelanas, cofres, mascarones, candelabros, gasas y que, hasta dónde

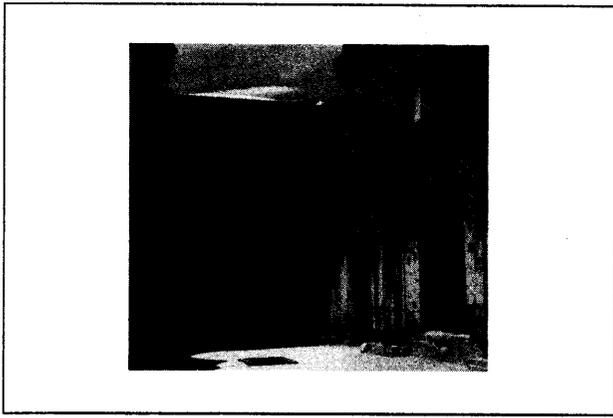


sé, únicamente Rafael Bernal consignó artísticamente en dos libros: *Gente de mar* y *El Gran Océano*.

En esta primera novela, Juan José Rodríguez ya era capaz de crear, en unas cuantas líneas, los antecedentes de un personaje que irrumpe en la novela, como Joan Brizard, patrón de dos barcos, trotamundos y romántico que, como lucha contra el sojuzgamiento británico, decide poner sus naves y sus recursos al servicio de la causa independentista de Asia. De esta manera, Brizard nos traerá vientos escapados de los libros de Camoens y Marco Polo, con creencias míticas e hiperbólicas: Nada de valles donde la orina del tigre se petrificaba en pepitas de oro, nada de mujeres que vivían años con el simple olor de una manzana. Por ningún rincón se miraba el vuelo de los pegasos... Brizard, quien atravesaba el Pacífico para comprar armas en México, establece la relación histórico literaria entre Mazatlán y la ciudad hindú de Goa, dos ámbitos que se encuentran en latitudes cercanas. Este fanático de la libertad, que ha probado las emociones de la piratería, sólo ama una cosa: los cantares clandestinos de Goa, que se dejan oír en las noches y en las madrugadas para loar a los antiguos dioses que había desplazado la religión invasora.

Hay otro personaje que confirmará los nexos entre Asia y América: Timur Lank, descendiente de Tamerlán, que embarca a Brizard en su aventura libertaria porque comparte con él no sólo el amor a la independencia, sino el desdén por los bienes conantes y sonantes. Así tenemos que el último Khan

² Juan José Rodríguez, *El gran invento del siglo XX*, México, Editorial Joaquín Mortiz (El Volador), 1997. pp. 102 y 103.



sólo ama el conocimiento, al que construye un palacio en su memoria. Este hecho contribuirá a la intensidad del final de la novela, que por cierto plantea también la idea de Rodríguez sobre el destino: Timur acabará loco y derrotado, deambulando por los astilleros y callejas del puerto de Mazatlán; Brizard morirá combatiendo en Asia contra los británicos y allá también quedará José Aragundi, viudo y acaudalado comerciante mazatleco que a su vez fue seducido por los delirios libertarios de Brizard. El viudo se perdió en la India y el descendiente de los bárbaros acabó sus días en los muelles de Mazatlán; el suyo era un destino de piezas de ajedrez, un enroque grandioso, digno de una epopeya, o de una novela como *El naufrago del Mar Amarillo*.

Esta narración de aventuras, alumna aventajada de Conrad, Stevenson, Harold Lamb y Salgari deja ver un poco de rigidez y algunos tropiezos en la escritura, que son detalles mínimos, corregibles al momento de preparar una nueva edición de este libro que ponía los cimientos de una de las obras literarias más seductoras de la reciente novelística mexicana.

IV

Debido al interés que manifesté por la novelística de Rodríguez, el mismo autor, a petición mía, envió su único libro de cuentos, *Con sabor a limonero* (1988), que está armado con un conjunto de textos breves que

nada tienen que ver con sus novelas extensas, bien construidas y dueñas de una capacidad de invención que todavía no estaba en este pequeño volumen.

A pesar de que Juan José Rodríguez ha cumplido ya 10 años de escritor, su trabajo resulta escasamente conocido y, en consecuencia, no ha sido objeto de ensayos o reseñas. De ahí que lo haya buscado para realizar una entrevista que él respondió con largueza y ofrece un material valiosísimo para ingresar a su mundo, a sus preocupaciones, intereses e intensiones. La entrevista se realizó en el mes de julio de 1998.

¿Cuál ha sido el método de trabajo para documentar tus libros, en qué obras o autores has bebido?

En los archivos, y en la vivencia hasta donde ha sido posible. Como dijo Vargas Llosa en *Historia de Mayta*, un libro que nadie cita: hay que mentir con conocimiento de causa. Para hacer *El naufrago*, analicé muchos aspectos de la vida en el puerto: tenía 19 años y mucho tiempo libre, por lo que pude darme el lujo de platicar con médicos sobre los síntomas de la peste bubónica, además de consultar varios tratados de medicina; hasta puse un mapa de la época en mi cuarto para completar el proceso de introspección. Hay un libro bastante serio y revelador que se llama *La peste en Sinaloa*, del Dr. Martiniano Carvajal, un médico mazatleco de fines de siglo cuya personalidad no le pide nada al Juvenal Urbino de *El amor en los tiempos del cólera*, ya que él también combatió y venció una epidemia, arrasando de pasada con las supersticiones. Es más, mi paisano, igual que Francisco I. Madero, era espiritista. Ahí, entre otros datos interesantes, demostraba pudorosamente que las hermosas mazatlecas usan calzones desde 1904, año de la peste negra, ya que el no usarlos propiciaba los contagios de esta enfermedad al caminar con sus gruesas faldas por las lodosas calles del puerto. Él fue uno de los impulsores del uso de esa enigmática prenda porque, como sucede hoy en los tiempos del sida, el no llevarlos dignamente ponía en peligro la existencia.

También recurrí a otros predecesores como Giovanni Boccaccio, Albert Camus y Daniel Defoe, pero finalmente la enfermedad no ocupó tanto espacio



como yo había pensado. Estuve en contacto con historiadores de la ciudad y me sumergí en los archivos; hasta la fecha tengo una discusión con unos amigos sobre si durante los huracanes hay o no relámpagos y truenos, ya que la tradición popular afirma que no es posible y los meteorólogos dicen otra cosa. También recurrí a la novelística de Conrad, Stevenson y Salgari, quienes me llegaron magnificados por la inmediatez del cine de mi infancia.

Cuando escribí el *Gran Invento del siglo xx*, no necesité recurrir tanto al archivo, porque temí que eso me esterilizara la imaginación; como dice Norman Mailer, también hace falta un poco de ignorancia. Avancé más rápido, pero un primer problema fue localizar la descripción precisa de una máquina que forma parte importante de la novela y que en ningún sitio pude hallar. Ahora con Internet lo localizaría en media hora, pero detuve la novela por varios meses hasta que, en la Feria del Libro de Guadalajara y removiendo unos libros infantiles en el pabellón francés, fui dando con la descripción del objeto de manera inesperada. Al volver a Mazatlán retomé la novela y ya no pude detenerme hasta casi los capítulos finales.

Por la singularidad de tu prosa, supongo que has sido un buen lector de poesía...

Mi relación con la poesía es la de un lector y a veces la de un intruso. Puedo decir que estoy casado con la novela y una amante ocasional es la poesía: di-

fícil, esquivada y muchas veces ingrata. Por eso la convoco como un fantasma que deseo que aparezca en mi prosa, aunque he intentado abordarla como creador directamente. Siempre he ambicionado un estilo poético, pero hay que tener el cuidado de no abrumar al lector ni que la novela sucumba a una neblina de imágenes. Hay autores que se entregan a la retórica y a veces nos llevan a los límites del bostezo; otros en cambio nos catapultan al asombro con sorprendentes actos de prestidigitación que parecen saltar de la página impresa. Me agradan novelistas como Truman Capote y Vladimir Nabokov, que en realidad hicieron algo más que *A Sangre Fría* y *Lolita*: muchos de sus libros menos conocidos relumbran bajo la luz crepuscular de una prosa poética y puntual. Lawrence Durrell es otro de mis dioses y Alejo Carpentier revela, en su prodigiosa ingeniería verbal, una vocación por nombrar las cosas por su nombre, tal como si fuera el primer día de la creación universal.

Al escribir El naufrago del Mar Amarillo, ¿qué tanto pensaste en la realización de una novela histórica?

— He sido lector de novela histórica y sí ha estado entre mis intenciones atacar ese género de manera más directa. ¿Cómo diferenciar la novela histórica de la novela de época? *El Siglo de las Luces* es una obra avasalladora que no sólo transcurre en otro tiempo, sino que siguen vigentes los principios que la mueven y cobra una sorprendente actualidad. Cuando

me embarqué en *El Naufrago del Mar Amarillo*, lo hice con mucho temor de naufragar en la falta de credibilidad: lo mismo por lo difícil de narrar sucesos en el pasado como por los comentarios de los camaradas escritores de Mazatlán quienes, invocando el “Decálogo” de Horacio Quiroga, me decían que uno no debe narrar cosas o tiempos que no haya vivido, y me mandaban a leer a los autores de la Onda... Dudé mucho ante ese precepto y varios de mis primeros cuentos eran ejercicios titubeantes entre la ficción absoluta y las cosas que me pasaban en la prepa. Afortunadamente un día decidí olvidarme de los diez mandamientos y comencé a adorar el becerro de oro, por lo que comencé a escribir una novela que ocurría en el año de 1862.

Actualmente estoy escribiendo una novela sobre los últimos días de la soprano Ángela Peralta en Mazatlán, la cual falleció víctima de una epidemia de fiebre amarilla que llegó en el mismo barco que venía ella, en el año de 1883. Información y datos tengo desde hace tiempo pero sigo en busca de más cosas susceptibles de pertenecer al universo de la novela.

De dónde surge la idea de cotidianización de los vampiros que usaste en tu segunda novela?

Los vampiros son un mito atrayente: tienen de la mano la inmortalidad y, en el cine y la literatura, son las criaturas del demonio más cercanas a la sensualidad y, por lo tanto, a la condición de los seres humanos. Sobre ellos hay las más diversas teorías y siempre me pregunté si en realidad no serían una rara mutación genética, magnificada por la ignorancia y la leyenda. Fue tomando forma esa idea y, en una ocasión, me puse a escribirla, ambientándola en un truculento barrio de mi ciudad, que conozco muy bien. Hay películas gringas como *Del crepúsculo al amanecer* o *Los muchachos perdidos*, que manejan una visión *light* de vampiros modernos, que viajan en camionetas y van a conciertos de rock, pero hasta donde conozco no había visto en la literatura intentos por integrarlos a la vida moderna, sin colmillos amarillentos, la capa de Juan José Arreola o el vulgar poder de transmutarse en un roedor alado. Entonces hice esta novela que forma la primera parte de una trilogía

de novelas cortas sobre el tema que no he podido concluir, pero ya terminé la segunda gracias a una beca del FONCA y no sólo trata de vampiros, sino también de gallinas. Parecen dos temas muy dispares y el resultado se antoja grotesco, pero he querido que en el fondo se tratase de una tierna historia de amor, en contraparte con la sensualidad desatada que le quise otorgar a *Asesinato en una Lavandería China*.

Es notorio tu amor al terruño...

El amor al terruño lamentablemente puede ser interpretado como un provincianismo mal entendido. Hasta a la misma gente de Mazatlán le parecía mal que ambientara mis historias en el puerto, por lo que hasta llegué a ubicar cuentos en el D.F. o en ciudades sin nombre. No obstante, un amigo escritor defendía ese derecho: así como Joyce ambientaba en Dublín y Vargas Llosa en Lima, no veía por qué no ubicar nuestras historias en Mazatlán. Sin ir más lejos, no veía por qué los habitantes de los estados teníamos que soportar (hablo en sentido metafórico) novelas tituladas *La Princesa del Palacio de Hierro* o *El Vampiro de la Colonia Roma*. Y deja tú el Palacio de Hierro o dicha Colonia, que es la parte *chic* de la capital, porque aparte está la vertiente ambientada en Tepito o Neza-york, que es igual de válida y sólida, gracias a Armando Ramírez, Emiliano Pérez Cruz y Eduardo Villegas. Si los chilangos ya habían hecho suyo ese precepto nosotros también podíamos hacer lo propio; el que no trascendiera más allá de la literatura regional sería problema del texto y no del sitio en que transcurriera. Recordemos que *Pedro Páramo* sucede en un oscuro pueblo de provincia y un amigo mío, David Toscana, tiene una hermosa novela que ocurre en un recoveco que ni siquiera había escuchado mencionar: *Estación Tula*.

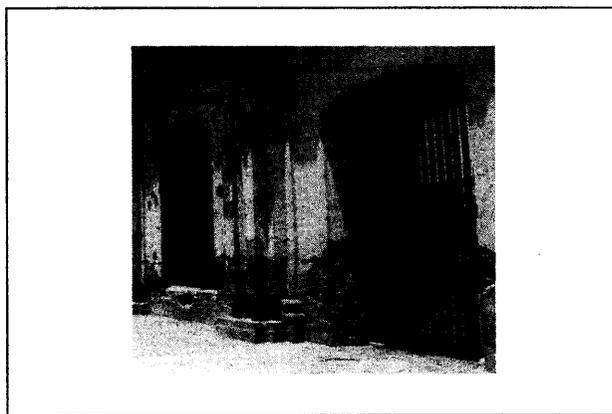
Además, pienso que si nací en Mazatlán y vivo en Mazatlán mi temática debe estar ligada a lo que mejor conozco, lo cual es otra manera de volver al mandamiento de Horacio Quiroga. He salido de la ciudad lo suficiente para verla desde una óptica diferente y viajo mucho a lo largo del año. Tengo contacto con la gente y, al ver periódicos antiguos y diarios del siglo pasado te das cuenta que Mazatlán y sus habi-

tantes no han cambiado en nada: los mismos pleitos, los mismos mitotes y la eterna actitud picarona ante la vida. Todos los años se quejan de algún huracán, del carnaval que viene, de la crisis económica y hasta de las calles inundadas de aguas negras o las bajas del movimiento portuario. Un amigo empresario me cuenta que, en los últimos treinta años, el D.F. ha cambiado mucho para bien en el carácter del capitalino, Guadalajara se ha desatado de la moralina y en Monterrey hay una vida más industriosa y cercana al modelo gringo. Nosotros seguimos con las mismas actitudes del tiempos del vapor, el tranvía y la elegancia.

En la literatura mexicana actual hay creadores que tienen fe en lo que sucede en sus lugares de origen: Severino Salazar, Daniel Sada, Humberto Crostwaite, David Toscana o Bruno Estañol apuestan a ese concepto. ¿Qué novela norteamericana importante ocurre en Washington? Todas pasan en Los Ángeles, Nueva York, el delta del Mississippi o las carreteras del Dharma. Parafraseando a un autor brasileño, Mazatlán es como un sueño, con la ventaja de que uno vive dentro de él.

Ya que los nombres de tus personajes son eminentemente sonoros, me gustaría saber cómo los escoges.

Rulfo decía que los nombres los escogía en los cementerios. García Márquez, más moderno, una vez dijo que él recurría a los directorios telefónicos. Yo recurro a los que se escuchan en mi región y en mis novelas he tratado de ser democrático: lo mismo aquéllos de supuesta prosapia que los de la gente que forma parte de la raza. En Mazatlán, como buen puerto, abundan los apellidos extranjeros y esa abundancia era más común en el siglo pasado. En Sinaloa hubo muchos vascos y son comunes apellidos pródigos en la erre como Lizárraga, Vizcarra o Ibarra. Pienso que el nombre es muy importante para situar el personaje y la sonoridad es algo que se siente y a la vez es muy difícil explicar. A mi criatura femenina le puse Sarahí Madrigal pensando que el lector asociase el apellido con ese género poético usado por Urbina, Bécquer y Gutierre de Cetina y ya caído en desuso. Un militar se llama Estanislao Mondragón y



el árabe aventurero de mi novela se llama Aziz Fawaz, como un eco secreto a ese gran escritor al que sus seguidores bautizaron como Lawrence de Arabia.

Los personajes de mi primera novela se llaman José Aragundi y Joan Brizard: nunca me fijé, hasta que me lo dijo Andrés Acosta, que los dos se llamaban como yo. Tuve una novia llamada Yolanda muy similar a la que aparece en *Asesinato en una Lavandería China*, y le dejé el nombre aunque no tenía ascendencia oriental. Como en esa novela la figura del padre es importante, y el mío también tuvo una novia llamada así, de la cual quedan en la casa algunas fotos nostálgicas, decidí conjuntarlas en ese personaje. Algo similar hacía Hemingway con sus mujeres en la ficción.

En mis libros aparecen personajes creados, algunos a partir de gente que conozco, pero otros en cambio los pasé directamente de la realidad al texto. En *El gran invento* aparece un señor cascarrabias, fanático del estado del tiempo, a quien le había cambiado el nombre para que no me desgreñara en la calle, pero uno de mis amigos, de éstos que te hacen ese tipo de favores, le enseñó el manuscrito antes de publicarlo y, para sorpresa de los dos, le hizo gracia y se emocionó, por lo que lo puse tal cual: Don Alberto Fuentesvilla... Otro personaje es un individuo con mucho sentido común al que le presté las primeras partes de la novela a ver si adivinaba cuál era el gran invento del siglo xx. No acertó, pero le gustó el inicio y me pidió que lo incluyera como *extra* dentro de la historia, aunque fuera como ratero... Decidí cumplirle su deseo en los capítulos finales, pero

como en realidad sí es un ladrón profesional, en la novela le cambié el oficio para no perjudicarlo en sus funciones para ganarse la vida: el jardinero Gonzalo Inzunza.

¿Qué papel tienen los chinos en Mazatlán?

En un puerto siempre abundan los chinos y Mazatlán no fue la excepción. Un hecho vergonzoso de nuestra historia nacional es la expulsión que se hizo de esta etnia a principios de siglo; incluso en los periódicos de antaño aparecen reuniones de comités antichinos y chistes de mal gusto contra esos trabajadores de la limpieza y la agricultura. La gente los dividía en chinos buenos y chinos malos: los de restaurant y lavandería contra los del opio y los tongs. Sin embargo, muchos permanecieron y sobrevivieron enmontados en la sierra o pagando mordida y luego reintegrándose a la vida pública. Otros se ocultaron en sus huertas: mi padre de niño iba a una huerta ubicada en el centro de la ciudad y ahí vivían felices los chinos, tal como en la novela. Una gran cadena de supermercados de Sinaloa actualmente es propiedad de inmigrantes del Imperio Celeste, y un gran fraude de miles de millones que sucedió en la ciudad de Navolato fue promovido por otro grupo de ellos. En 1962, la reina del Carnaval de Mazatlán, elegida por votos populares económicos por segunda ocasión en su historia, fue la joven Isela Wong, hija de un sastre también nativo de oriente. Ese año es recordado como el Año del Dragón Chino, ya que la comunidad china trajo un dragón que asombró durante el desfile del carnaval. Todavía este año, durante los festejos de los Cien Años del Carnaval, trajeron uno más inmenso y espectacular que es el que representa al continente americano en las competencias de dragones que se realizan en Shanghai. Entre címbalos y acrobacias, desfiló ante la carroza de Isela Wong, quien salió junto con todas las reinas del carnaval que sobreviven. Vestía un hermoso traje oriental, el cual fue traído en su momento desde la Lejana China por los miembros de la comunidad del Distrito Federal.

Parece ser que los chinos iniciaron el cultivo de la amapola en Sinaloa y el historiador Héctor R. Olea

registra haber visto en China Continental un fumadero de opio llamado *Badiraguato*, el Palermo de la mafia sinaloense. Tal vez alguno de los expulsados de nuestro país sentía nostalgia por la sierra de nuestro estado.

No tenemos antecedentes de chinos creadores en la literatura sinaloense, aunque sí de personajes como el agricultor suicida de "Las palabras silenciosas" de Inés Arredondo, o una pareja de tenderos que intentan sobornar al narrador en un cuento de Ramón Rubín que se llama "Dos chinitos obsequiosos". En cambio, como un detalle curioso, en la única ocasión que Gilberto Owen llama a Mazatlán por su nombre, en su poesía menciona *El amarillo amargo mar de Mazatlán por el que soplan ráfagas de nombres...* Nosotros le decíamos a Vicente Quirarte que el mar de mi ciudad a veces se ve amarillo por los días de diciembre, pero Owen lo dice no por el color, sino porque el mar se veía así de tanto que lo miraban los chinos. ■

Bibliografía

- Bernal, Rafael, *Memorias de Santiago Oxtotilpan*, México, Editorial Polis, 1945.
- , *Gente de mar*, México, Editorial Jus, 1950.
- , *El gran océano*, Banco Nacional de México, 1992.
- Elizondo Elizondo, Ricardo, *Narcedalia Piedrotas*, México, Editorial Leega, 1993.
- Rodríguez, Juan José, *Con sabor a limonero*, Sinaloa, DIFOCUR (Faros y Sirenas), 1988.
- , *El naufrago del mar amarillo*, Sinaloa, DIFOCUR, 1991.
- , *Asesinato en una lavandería china*, México, Consejo Nacional para la Literatura y las Artes (Fondo Editorial Tierra Adentro), 1996.
- , *El gran invento del siglo xx*, México, Editorial Joaquín Mortiz (El Volador), 1997.
- Saravia Quiroz, Leobardo, *En la línea de fuego. Relatos policíacos de frontera*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Fondo Editorial Tierra Adentro), 1990.

